

Historial clínico de dos de mis perros: la alegría de la Lactancia Materna en Joselito y el dolor de la Displasia de cadera, Dermatitis atópica y Colitis ulcerosa de Manolete (Perro de Aguas Español). Efectos de “oHo”

Vicente G. Villarrubia. *Doctor en Medicina e Inmunología; Master en Epidemiología y Salud Pública*. Director General e I+D+i, Bioaveda, Jaén.

En el discurso de entrega a Bioaveda del Premio Milenio Jiennenses del Año a la Iniciativa, dediqué un buen párrafo a mis perros (Manolete, Joselito y Lola), a mis gatos (Mimí, Misi, Nana, Lolilla y Marifé) y a las grajillas que, todos los días, bajan a desde la Catedral de Jaén a mi casa para alcahuetear conmigo. Manolete es un Perro Español de Aguas (PEDA); Joselito es un chucho, al que para darle la importancia que se ha ganado a pulso doy en denominar Chucho Pegalajarensis; y Lola un cruce de Pastora y Braco. Los gatos, vaya usted a saber: a Mimí de la Bohème (la madre y abuela de todos los demás) la recogimos muy pequeña en un cubo de basura. Fuimos así construyendo un pequeño zoo de civilizadas/evolucionadas criaturas (Foto 1), a las que no les faltaba la compañía de seres ancestrales: la omnipresente tortuga Juli y la visita esporádica de saltamontes, salamanquesas, chicharras, golondrinas y otros bichos que dieron amigablemente en venir cuando el olivar de la parte trasera –lleno de herbicidas- fue talado y dedicado a cosas de “constructores” y chalés (“charleres”, en Jaenero habitual).



Durante mis largos años de investigación en Inmunología, he tenido que sacrificar muchos animales, inyectarles tumores y virus; y otras perrerías, raterías y ratonerías. Me dolía, porque me pasé mi feliz infancia rodeado de perros: mastines, PEDAs y otros innominados pastores y chuchos de indefinible ralea.

Sufría, porque mis estudios de Genética Evolutiva me enseñaron a entender muy pronto que nuestra relación era algo más que una simple relación psico-social entre hombres y animales, para devenir en algo profundamente genético que nos unía más de lo pensado en la historia evolutiva.

A Joselito lo rescaté recién nacido (todavía con su cordón umbilical) de una muerte más que segura en las afueras de un pueblo de Jaén, Pegalajar (¿entienden ahora lo de Pegalajarensis?). Bajábamos del olivar para ver a un hombre enfermo, y allí estaba él. Lo traje a mi casa (Foto 2), no sin que antes mi amigo, un experto en perros, me

Foto 2



advirtiera: Vicente, tú sabes que va a morir. Cuando llegué a mi hogar le dije a mi santa Teresa (mi novia, como a mi me gusta llamarla) que se acercara a la farmacia a por un bote de leche maternizada, al que añadí una cucharadita de nuestro aceite “oHo”. La pobre se pasó muchas noches en vela, que le hicieron recordar sus dos periodos de Lactancia Materna con sus hijas.

Joselito creció como un perro listo (Foto 3), que siempre reconoció que su estatura no le daba más que para ladrar al menor ruido, con el fin de avisar a Manolete (Foto 4): el más valiente y esforzado de todos los perros que he conocido; eso sí, tan despistado como yo: nuestro reino no parece de este mundo.

Foto 3



Foto 4



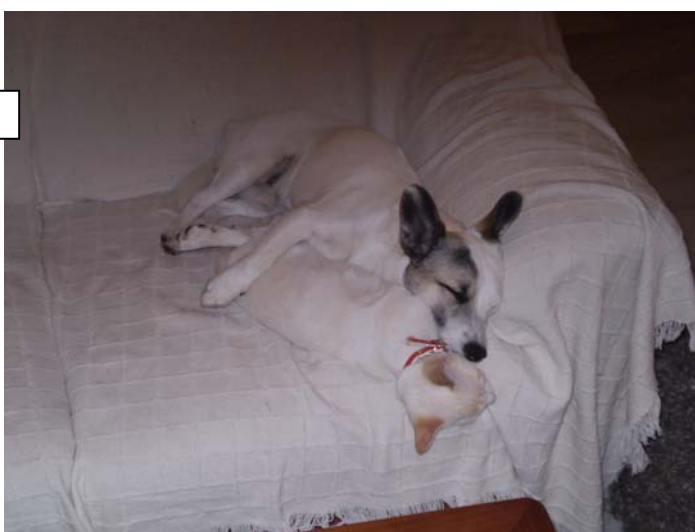
Manolete, Mimí y Joselito

Al cachorro Manolete lo compramos hace 9 años, cuando todavía no teníamos nuestra Formulación de aceite “oHo”. Se crió físicamente bien, aunque su comportamiento era arisco y tozudo, como corresponde. La verdad es que nadie lo enseñó a hacer monadas, y yo –hombre nacido en el campo- no estaba acostumbrado a tener perros de circo.

La primera vez que vio un pantano (tenía 5 meses) se me quedó mirando estupefacto y con cara de gloria dijo: esto es lo mío; y se arrojó al agua como si la llamada de su

Naturaleza genética hubiese estallado en su cerebro ¡Qué apostura nadando; ni el Spitz, ni el Popov y ni el Phelps juntos! Más tarde tuvo ocasión de seguir demostrándolo en la piscina de casa; y demostrarme que, como yo no sabía nadar, él olía mi miedo y se arrojaba inmediatamente para tratar de salvarme. Lo descubrí cuando observé que no se tiraba a la alberca cuando las niñas o mi novia se metían: ellas sí sabían nadar. Y me recordó a un perro anterior (Epi, pues no fallaba ni un triple salto), mezcla de PEDA y chucho, que también hizo lo mismo cuando me vio arrojarme a la playa de Rodalquilar (Almería) ¡Qué tíos, mis perros de aguas!

Manolete crió a Mimí y le enseñó a jugar con los simios adelantados (Foto 5), pero ella fue incapaz de reprimir sus felinos instintos evolutivos: se hizo dueña de la noche del barrio y decidió hacernos abuelos a nosotros (mi novia y yo) y tío a Manolete (Foto 6).



Eso sí, nunca sabremos quién fue el padre de las criaturas, aunque tenemos ciertas sospechas que nos confunden biológicamente (Foto 7). De hecho Joselito comenzó a “agatarse” en el más estricto de los sentidos, pues antes de dormir Mimí y él se lavaban cara, pies y manos a gatunos lametones. Además, los gatos recién nacidos obedecían a nuestras llamadas a la manera perruna, si bien he

de decir que obedecían más a mi novia que a mi: ella es más felina.

Lo mejor de Manolete estaba por venir: cuando tenía 1 año y medio me salvó de una muerte segura. A mi crónica úlcera de estómago, fabricada a golpe de corticoides durante mi espondilítica vida, le dio por reventar una noche que me tomé un anti-inflamatorio sin previa protección con omeprazol, mi compañero vital y el que podía haberlo sido de mi abuelo y mi padre, también sufridores de la misma úlcera. Estaba sólo y sin el amparo de mi santa, que andaba de viaje con sus hijas. Yo me iba desangrando sin enterarme, pero Manolete se empeñó en desvelarme, e insistió con sus pezuñas y ladridos: olor, sabiduría y fuerza del cariño. Lo único que me dio tiempo fue a calcular la cantidad de sangre arrojada al levantarme y llamar a Urgencias. Recuerdo que lo primero que dije al llegar al hospital fue: mi perro está solo en casa; por favor, que alguien vaya a darle de comer.

A raíz de aquél accidente Manolete no me pidió nada, pero él y yo sabíamos que le debía una vida.

Hace ya 3 años que le diagnosticué una Dermatitis Atópica (DA) (Foto 8), justo antes de que unos investigadores hubiesen descubierto que la DA canina es, genética e inmunológicamente hablando, similar a la humana. Se convirtió así en mi segundo paciente tras la hija pequeña de mi novia (Foto 9). El hecho clínico común era el eczema y el continuo rascado: Manolete por el suelo y entre las ramas de los pinos del pequeño jardín, y la niña con un sin vivir por el picor de las manos (flecha en foto 9).

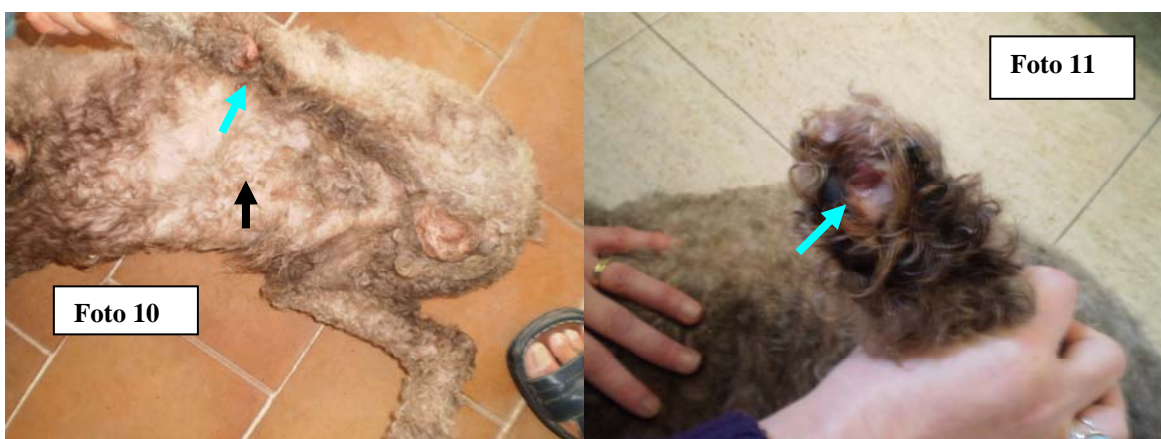
Sé bastante de perros, pues además de convivir con ellos toda la vida, no en vano dediqué parte de mi existencia investigadora a trabajar con leishmaniasis canina, entre otras enfermedades más propias de veterinarios. Claro que a los inmunólogos nos toca de todo; de ahí la frase tantas veces repetida en las películas americanas de médicos que dudan: ¿No habrá por ahí algún inmunólogo escondido?



Estos hechos coincidieron afortunadamente con la elaboración de la primera Formulación Magistral de aceites de oliva orgánicos “oHo”, y decidí probarlo: humanos y animales unidos por un tratamiento natural común. Los dos comenzaron a recibir “oHo” por vía oral, y les aplicamos tópicamente el primer Gel-oHo y la primera Emulsión-oHo experimentales, ambas hechas en la farmacia de mi amigos Llácer (Martos, Jaén), y ambos continúan con los tratamientos y sin DA.

Hace 1 año Manolete comenzó a cojear de los cuartos traseros; sus movimientos, antes plenos de celeridad, se fueron convirtiendo en lentos y perezosos; la subida de las escaleras un suplicio. Comenzaba así una Displasia de cadera junto con una artrosis de las articulaciones traseras.

Hace 3 meses, las heces de mi muy querido amigo comenzaron a ser diarreicas y sanguinolentas, y sus tristes ojos se llenaron de legañas mientras los pelos de su vientre y articulaciones iban cayendo (Foto 10). Su cansino andar se transformó en un tormentoso no poder caminar, solamente aliviado por el reposo a la sombra de mi despacho y las caricias limpio-lamedoras de Joselito y Lola en sus heridas cutáneas (Foto 11). El diagnóstico, una vez excluida una Leishmaniasis, fue de una Colitis ulcerosa y una Displasia folicular; por otra parte bastante frecuentes en los PEDAS.



Darle antiinflamatorios no esteroideos por vía oral era aumentar lo sanguíneo de sus heces y aumentar su dolor. Perdió tanto peso en tan poco tiempo, que al cortarle el pelo la vista de las costillas nos estremeció (Foto 12). El cuadro era evidente: Malnutrición por síndrome de mala absorción y pérdida alimenticia por heces, acompañadas del subsiguiente cansancio que le hacía mantenerse siempre en reposo y permanentemente a la puerta de mi despacho (Foto 13), como si estuviera solicitándome –sin aspavientos- la vida que le debía.



Entonces decidimos darle dos yogures al día, aderezados con “oHo”, y Maite –mi novia- comenzó a revivir los tiempos de la lactancia con sus hijas y con Joselito. Igualmente comenzamos a aplicarle los Aceites Gelificados en Frío en las heridas. La mejoría de la colitis, junto a la recuperación de su estado nutricional (Foto 14) y cutáneo, por cierre de las heridas (Foto 15), fue espectacular. A los 5 días comenzó a comer arroz con carne, pero su estado muscular era tan débil que un día se atragantó. Oí voces de la niña y gritos de mi novia: corre, Manolete se muere. Estaba en un estertor convulsivo y con la lengua morada; pero no tenía miedo (conozco bien su mirada). Abrí su boca y con unas largas pinzas de cocina pude extraer la bola alimenticia que taponaba su laringe. Le practiqué masaje cardiaco y respiratorio. Cuando se levantó nos miramos: él y yo sabíamos que ya estábamos empatados a una vida. Le hice una X con los dedos y me pareció verle sonreír con ironía.



Manolete se nos va consumiendo lentamente, pero ya no pierde peso. Le hemos aumentado la dosis de yogur con “oHo” a dos veces por día y su Calidad de Vida parece buena: ahora anda husmeando los bajos de la Lola, si bien ésta es muy joven para divertimentos y ensoñaciones (Foto 16).



Pero él, Joselito, las grajillas y yo sabemos que el descarrilamiento inmunológico es inexorable. Comenzó con un desbarre en la respuesta inmune Th2 (característica de la DA), para irse transformando poco a poco en una Th1 que ahora destroza su colon. Y en ambas un mecanismo consumidor común: el factor alfa de necrosis tumoral (TNF- α) o Caquectina (de caquexia o consunción), tan bueno cuando sus cifras son

normales y tan malo cuando sus cifras son muy bajas o altas; como en los humanos. El alto TNF que ha sido malo para Manolete, fue también malo -por bajo- para el otro perro de aguas que crió a dos de mis hijos (Vicente y Clara). Epi murió de un cáncer de cerebro. Él también se arrojaba al agua para salvarme.

Cuando mueren, los perros de aguas no van al cielo; ahí va solo su espíritu para hacer compañía a las almas de los hombres. Sus cuerpos se dirigen a un desconocido río en cuyas riberas, llenas de insulsas ovejas que no saben decir más que la be, el dios Pan toca la flauta, en tanto que Cupido les enseña a tirar flechas para romper de amor el corazón de los humanos. Hasta que un nuevo perro llega y reconocemos en él a nuestro nuevo Manolete. Al fin y al cabo la diversidad genética de los perros de aguas no es grande como se pensaba: igual que los humanos; igualito.

Me está contemplando desde la puerta de mi despacho ¿Sabrá lo que estoy pensando y escribiendo? Voy a quitar el réquiem de Mozart y a ponerle a los Credence Clearwater Revival. Clearwater (agua clara), como la del río que nos espera.



Manolete siempre meando fuera del tiesto (como su políticamente incorrecto amo), en tanto que el Dr. Joselito examina cuidadosamente las características de la orina. La Lola a lo suyo: soñar con un novio alto y guapo; como mi novia, que hoy cumple años.

FELIZ CUMPLEAÑOS, MI AMOR y elegante Farmacéutica y Enfermera mía y de nuestros queridos animales.

